

A su imagen. Arte, cultura y religión: Dios y la salvación protagonistas de la historia

Javier García-Luengo Manchado

Recibido 12 de diciembre de 2014

Aceptado 9 de enero de 2015

RESUMEN: La exposición *A Su imagen. Arte, Cultura y Religión*, tiene por objetivo compilar los hechos más trascendentes de la relación de la humanidad con Dios a lo largo de la historia a través del arte. Aprovechando este recorrido expositivo, las siguientes páginas pretenden ofrecer una serie de reflexiones centradas en la relación de la imagen artística con la soteriología.

PALABRAS CLAVE: arte sacro, arte y religión, pintura devocional, catequesis y arte.

Desde que en 1988 iniciaran su andadura *Las Edades del Hombre*, venimos asistiendo a una sucesión de magnas exposiciones de arte sacro destinadas a difundir, conservar e investigar el patrimonio de nuestra fe y, por tanto, el patrimonio de nuestra cultura y de nuestra historia. Junto a las diferentes ediciones de las citadas *Edades del Hombre*, cabe señalar, a este respecto, exhibiciones como *Huellas*, llevada a cabo en la Catedral de Murcia en 2002, *La Huella y la Senda*, en la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria en 2004 o *Arte y Espiritualidad*, celebrada en 2014 en el Instituto Valenciano de Arte Moderno y el Museo de Be-

llas Artes de la capital del Turia. A esta afortunada lista, de la que tan sólo hemos entresacado algunos ejemplos, hay que añadir ahora *A Su imagen. Arte, Cultura y Religión*, exposición de la que podemos disfrutar hasta el próximo mes de abril en el Fernán González. Centro Cultural de la Villa de Madrid.

Organizada por la Fundación Madrid Vivo y auspiciada por la Conferencia Episcopal Española y por la Archidiócesis de Madrid, el objetivo de la muestra no es otro que el de recopilar los hitos más importantes de la historia del cristianismo, incidiendo en aquellos capítulos y personajes que forman parte sustancial del imaginario colectivo.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gn 1:1). Así se inicia el relato de la historia que narra la *ligación* de Dios con la Humanidad, la de las criaturas con su Creador, lo que en definitiva desde el punto de vista etimológico significa la palabra religión. Artistas de todos los tiempos han plasmado los primeros momentos del Génesis, con la emoción y cariño de quien a través de la recreación de lo creado vislumbran la grandeza del Autor de la Vida. Así lo apreciamos en el *Jardín del Edén* (1685) de David Teniers, el *Joven*, cuya perfección técnica se desborda en una pequeña obra que sin embargo constituye todo un catálogo zoológico y botánico, ámbito en el cual se especializó el pintor flamenco; como también observamos en el óleo con el que hace tándem, *La entrada de los animales en el Arca de Noé* (1685).

Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó hombre y mujer (Gn 1:27). Esta plenitud del hombre vivificado por el propio aliento de Dios es la que hallamos en los bustos de *Adán y Eva* (1666) de Alonso Cano. Su mirada inocente y limpia denota la armonía de la vida en Dios y con Dios, concordia quebrada, como todos sabemos, en el siguiente capítulo de la narración bíblica: la caída en el pecado y la consiguiente expulsión del Paraíso; aquí registrada

mediante un fragmento pictórico mural del conocido como *Maestro de Cardona* (primer cuarto del siglo XIII).

Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le acecharás el calcañal (Gn 3:15). Sin embargo, el Padre no deja sola a su grey, antes al contrario, desde este momento Dios se vale de profetas, reyes, ángeles y héroes, para guiar a su pueblo, para mostrar su amor y transmitir la promesa de salvación.

Las siguientes secciones de la muestra compendian hechos tan populares como *La construcción de la Torre de Babel*, óleo de la Escuela Flamenca (siglo XVII) que representa el vano intento del hombre por contener el Cielo, avocándose a sí mismo a esa incomunicación dimanada por la soberbia. Mas, el anhelo del Padre por reconciliar todas las cosas en sí, hará que el Espíritu Santo ilumine a los Apóstoles y con ello a toda su Iglesia, para hablar un idioma común a hombres y mujeres de cualquier época, raza o condición, el idioma del amor, todo lo cual se hace patente en *Pentecostés* (h. 1550) de Pedro de Campaña.

Un apartado específico se ha dedicado a las mujeres del Antiguo Testamento, auténticas heroínas

que con su entereza y sabiduría fueron ejemplos morales y certeras libertadoras de su pueblo. Ahí está la astuta *Judith* (h. 1555) a punto de degollar a Holofernes, captada en toda su sagacidad por la mano siempre opulenta de Tintoretto; la castidad de Susana reflejada en el crudo realismo caravaggista de *Susana y los viejos* (1618) de José de Ribera; o la bondad de la *Prudente Abigail* (1667) recreada por los pinceles de Frías y Escalante.

En este lugar también hallan su espacio los arcángeles, fieles mensajeros de la Providencia. La naturaleza netamente espiritual de Gabriel, Rafael y Miguel ha sido pocas veces manifestada con la sensibilidad y la trascendencia teológica con la que los tallara Gregorio Fernández en 1611, para la Real Iglesia de San Miguel y San Julián de Valladolid. La dulzura de sus miradas, sus poses inestables y elegantes, nos remiten a un Fernández deudor todavía de las formas del manierismo.

Como no podía ser de otro modo, la muestra también nos habla del Rey David, cuya biografía se resume en tres grandes momentos: el pastor victorioso de *David y Goliat* (h. 1648) de Michel Coxcie; el rey pecador representado a través *Betsabé en el baño* (h. 1635) del taller de Rubens, y el David arrepentido que encontramos en *El rey David ofrece*

sacrificios en presencia del profeta Gad (h. 1685) de Luca Giordano. Dios que es misericordioso, lento a la ira y rico en piedad (Sal 144:8), no desprecia el corazón contrito y humillado (Sal 51:19) de quien fuera el sucesor de Saúl, pues, en efecto, de la casa de David nos llegaría el Rey de reyes, el Salvador prometido: *Permanente será tu casa y tu reino para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad* (2 Sm 7:16).

Y así se cumplió en la plenitud de los tiempos: el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret (Lc 1:26). Exactamente lo que podemos contemplar y meditar ante el *Tríptico de la Anunciación* (h. 1540) de Joos van Cleve, cuya tabla central, donde se aúna la tradición flamenca con ciertos resabios *quattrocentistas*, constituye un auténtico primor de la técnica del óleo al servicio de la iconografía mariana: las azucenas de la pureza, el perro de la fidelidad y el *Hortus conclusus* celebrando la virginidad de María.

Antes de que esto sucediese, la Madre de Dios, según define el Decreto del Dogma de la Inmaculada Concepción, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción. *La Virgen niña* (h. 1635) de Zurbarán, representa el sentimiento y la fe inmaculista que durante siglos ha caracterizado a la sociedad

española. A los pies de esta Virgen hallamos una recreación de Sevilla transformada en símbolo de las letanías lauretanas, comenzando por La Giralda, verdadera *Turris Davidica*. Toda Hispalis queda amparada bajo el manto protector de María, un manto trabajado con esos plegados tan singulares en el hacer del maestro fuentecanteño.

A partir de aquí *A Su imagen* compila los episodios más destacados de los evangelios, ocupando lugar de honor, claro está, la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, culmen del amor Dios por la Humanidad: *tanto amó Dios al mundo que le dio a su unigénito Hijo* (Jn 3:16).

Antes de sufrir el rigor de la Pasión redentora, Cristo celebra la Pascua con sus discípulos, legando su mandamiento del amor y sellando la Nueva Alianza en el memorial de su Pasión, la Eucaristía. El tesón que Joan de Joanes transmite en la mirada amorosa de Jesús de la *Última Cena* (h. 1560) en el momento de instituir tan admirable Sacramento, parece evidenciar la propia fe del artista en la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo bajo las especies del pan y del vino.

Cómo no hablar en esta sección de la *Oración en el huerto* (1819) de Francisco de Goya, un Goya muy

cercano al de las *Pinturas Negras*. Algo de ello intuimos en este pequeño óleo, pues, los grises y negros, la pincelada extremadamente abocetada y el tremendismo de este Cristo reconfortado por un ángel, denota la propia agonía y el tormento del pintor aragonés por entonces. Drama también latente en el *Cristo crucificado* (h. 1490) de Sebastián de Almonacid, imagen escultórica que manifiesta con todo el patetismo propio del último gótico, el dolor extremo de quien ofrece su vida por la redención del género humano.

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24:5). El diálogo de las Marías con el ángel es el que se puede apreciar en el *Relicario de plata del Santo Sepulcro* (segunda mitad del siglo XIII). Se trata de una delicada pieza cuya arquitectura y personajes, trabajados desde la serena elegancia del gótico pleno, nos manifiesta la alegría del espíritu al saber que Cristo, como Él mismo había dicho, ha resucitado.

Del agua y la sangre del costado de Cristo nace la Iglesia (LG 3), y es en este ámbito donde se ubica su *piedra* matriz, Pedro. Gregorio Fernández representó a *San Pedro en Cátedra* (h. 1630) como lo que era, un pescador con la piel ajada por el sol y el trabajo, un pescador recubierto eso sí con las galas pontificias, manteniendo una mirada

aguda y amable mientras bendice al fiel. Evidentemente, junto al primer Papa vislumbramos al Apóstol de los Gentiles, casi escondido dentro del arremolinamiento barroco de la *Caída de Saulo en el camino de Damasco* (h. 1698) de Antonio Palomino.

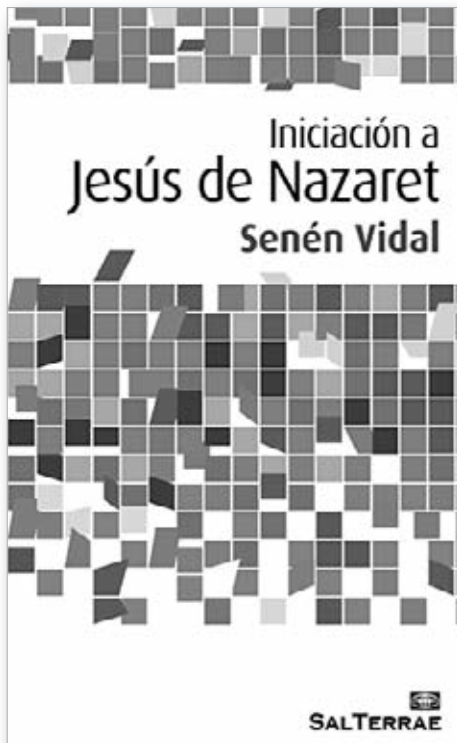
Sobre aquella primera piedra y con el aliento del Espíritu Santo, la Iglesia se ha cimentado en el testimonio de los santos, en las enseñanzas de sus doctores y en la sangre de sus mártires. Algunos de los más representativos se han recogido en una sala dedicada específicamente a todos ellos, donde podemos contemplar diversos pasajes de la vida de San Ambrosio, San Isidoro, San Bernardo, San Ildefonso o Santa Catalina de Siena recreados por los pinceles de Murillo, Goya o Zurbarán. De entre todas estas obras brilla con luz propia la *Tentación de Santo Tomás* (1632) de Velázquez, lienzo de su segunda etapa madrileña, que integra la elegancia consustancial al arte del sevillano con la claridad narrativa.

La historia continúa y nosotros formamos parte de ella, en este sentido se nos hace una llamada de atención en medio de las prisas del día a día y del hedonis-

mo de nuestra sociedad: *Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*. Una serie de vanitas, bodegones que simbólicamente nos hablan de la fugacidad de los bienes de este mundo, como el patético *In ictu oculi* (1672) de Valdés Leal o *La procesión de la muerte* (1930) de Gutiérrez Solana, recuerdan lo que se recoge en el último capítulo de la muestra, el Juicio Final.

La exposición concluye efectivamente con el *Tríptico del Juicio Final y las obras de misericordia* (h. 1460) de Vrancke van der Stockt, una pieza donde la dureza del realismo del gótico flamenco supone algo así como un inquietante espejo donde mirar nuestro futuro. Sin embargo, no podemos olvidar las obras de misericordia que acompañan a esta imagen, obras emanadas de la caridad y que evocan estas palabras: *Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él* (Jn 3:17). He aquí cumplida la promesa de Salvación efectuada por Dios desde el principio de los tiempos, promesa del amor divino que, como hemos podido contemplar, ha alumbrado la historia de la humanidad desde sus comienzos y que seguirá brillando en nuestro mañana. ■

SALTERRAE



SENÉN VIDAL

Iniciación a Jesús

184 págs.

P.V.P.: 9,95 €

La historia de Jesús de Nazaret sigue siendo sorprendente y fascinante. Este libro parte del hecho evidente de que la actuación de Jesús fue un acontecimiento histórico, inmerso en el devenir del judaísmo palestino del siglo I, sujeto a un proceso histórico en tres grandes etapas. La primera, la *etapa inicial*, se centra en la aparición de Jesús en el contexto de la misión de Juan Bautista. La segunda describe la etapa de la *misión galilea* de Jesús. Y la tercera presenta la etapa de la *misión final* de Jesús, cuyo desenlace fue su muerte violenta en la cruz.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
